

Horacio Armani

LA POESÍA QUE QUEDA



EDICIONES FUNDACIÓN
Victoria Ocampo

Horacio Armani

LA POESÍA QUE QUEDA
(Breve antología de poesía universal)

Edición digital gratuita



Primera edición en español: 2006
1.000 ejemplares

© Horacio Armani

© de la presente edición

EDITORIAL VICTORIA OCAMPO

Sin fines de lucro

Sarmiento 1562, 2° “6”

Tel./ Fax: 4382-6034.

(1042) - Ciudad de Buenos Aires,
Argentina.

Queda hecho el depósito que prescribe la Ley N° 11.723

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

ISBN-10: 987-1198-10-8

ISBN-13: 978-987-1198-10-8

Armani, Horacio

La poesía que queda - 1a ed. - Buenos Aires : Victoria Ocampo, 2006.
144 p. ; 21x15 cm.

ISBN: 987-1198-10-8

1. Poesía Argentina. I. Título
CDD A861

ÍNDICE

Prólogo	8
<i>La poesía que queda</i>	10
Pablo Neruda:	12
<i>Diurno doliente</i>	14
<i>La estudiante</i>	16
César Vallejo:	18
<i>Los nueve monstruos</i>	20
<i>Sombrero, abrigo, guantes</i>	23
<i>Masa</i>	24
Garcilaso de la Vega:	25
<i>Soneto décimo</i>	26
Luis de Góngora:	27
<i>Al nacimiento de Cristo Nuestro Señor</i>	28
Giacomo Leopardi:	30
<i>El infinito</i>	31
Dante Alighieri:	32
<i>Beatriz</i>	33
<i>Fragmento del Canto V del Infierno (Divina Comedia)</i>	34

Luis Cernuda:	36
<i>Poema VII</i>	37
<i>Te quiero</i>	38
 Giuseppe Ungaretti:	 40
<i>Vigilia</i>	41
<i>Vagabundo</i>	42
<i>Una paloma</i>	43
<i>Todo he perdido</i>	44
 Francisco de Quevedo:	 45
<i>Salmo XVII</i>	46
<i>Amor constante más allá de la muerte</i>	47
 Rubén Darío:	 48
<i>Lo fatal</i>	49
<i>La dea</i>	50
<i>Versos de otoño</i>	51
 Juan Ramón Jiménez:	 52
<i>Retorno fugaz</i>	53
<i>Octubre</i>	54
<i>Remordimiento</i>	55
 Antonio Machado:	 56
<i>Húmedo está bajo el laurel...</i>	57
<i>Retrato</i>	58
<i>Consejos</i>	60

Miguel Hernández:	61
<i>Soneto 5</i>	63
<i>Soneto 8</i>	64
 Federico García Lorca:	 65
<i>Adán</i>	67
<i>A Mercedes en su vuelo</i>	68
<i>El poeta pide a su amor que le escriba</i>	69
 Arthur Rimbaud:	 70
<i>Canción de la más alta torre</i>	72
<i>Vocales</i>	74
 Charles Baudelaire:	 75
<i>Correspondencias</i>	76
<i>El albatros</i>	77
 T.S.Eliot:	 78
<i>Little Gidding</i>	79
<i>Canto para Simeón</i>	80
 Juan Rodolfo Wilcock:	 82
<i>Mis pasos en la noche</i>	83
<i>De la nieve</i>	84
<i>El inminente</i>	85
 Jorge Guillén:	 86
<i>Advenimiento</i>	87
<i>Los jardines</i>	88
<i>Río</i>	89

Pedro Salinas:	90
<i>Qué alegría vivir...</i>	92
<i>La forma de querer tú...</i>	94
<i>Serás, amor...</i>	95
 Eugenio Montale:	 97
<i>La casa de los aduaneros</i>	98
<i>La pena de vivir...</i>	99
<i>Poema 5 de Xenia II</i>	100
 Ricardo Molinari:	 101
<i>Oda al mes de noviembre junto al Río de la Plata</i>	102
 Jorge Luis Borges:	 104
<i>Poema de los dones (fragmento)</i>	106

Prólogo

Sobre esta antología

Durante muchos años, durante siglos y siglos, desde épocas remotas y misteriosas de las que sólo han quedado como testigos impasibles monumentos de piedra y mármol, la poesía ha sido una silenciosa compañera del ser humano, un sentimiento connatural unido a sus vicisitudes, una sensación de belleza o de melancolía, una inasible forma de expresar el misterio de la Creación y del espíritu del arte. A través de los tiempos ha estado viva e invisible en los seres más sutiles, en los que sintieron su presencia como una necesidad creadora o un consuelo y una compañía que era un refugio en el que hallaban la paz, la esperanza o la salvación. He aquí el motivo de esta extraña reunión de creadores diversos, unidos sólo por la idea del antólogo de que la belleza y la poesía son valores espirituales que se aúnan en el tiempo a través de creaciones múltiples y perdurables diseminadas en sus obras diversas y diferentes pero que, al cabo, coinciden en una idéntica aspiración.

El poema que aquí las reúne pudo haber sido más extenso, pudo haber incluido un número más variado de poetas, pero se autolimitó porque la intención no era la de incluir toda la poesía memorable escrita a través de los tiempos (misión imposible) sino ofrecer apenas una pequeña y expresiva muestra de cómo algunos grandes líricos

crearon y diseminaron en nuestra juventud la idea de la poesía, o sea del triunfo de la palabra para expresar las más íntimas y puras sensaciones que la percepción de la belleza puede despertar en el espíritu humano.

De ahí que era inevitable colocar al principio el texto del poema que da origen a la antología, poema autolimitado en su extensión puesto que los ejemplos podrían ser infinitos, poema que vale sólo como introducción explicativa al conjunto seleccionado y cuya lectura abre el camino para incursionar en el breve conjunto antológico de los autores invocados.

Sé que cada lector podría ejercer su derecho al veto o a la ampliación de los nombres y los poemas representados. Este libro no pretende erigirse en guía ni modelo de elección; el autor sabe que su juicio puede no coincidir con el del lector. Pero si solamente su lectura logra despertar la necesidad de incitar a cada uno a elaborar su propia antología, su intención —la de divulgar y acrecentar el interés por el maravilloso mundo de la palabra poética— se habrá cumplido de la mejor y más auspiciosa manera.

H. A.

La poesía que queda

Por Horacio Armani

Al final del camino la poesía que amamos
persiste en la memoria. Son versos de otro tiempo
que aparecen de pronto, fulgores que alumbraban
un destino indeciso sobre praderas jóvenes
y flotantes deseos.

Es Neruda en el giro de su pasión sobranter y sueños de
/ ceniza,

Vallejo en el dolor que crece sobre el mundo a cada rato,
son Garcilaso y Góngora, Leopardi en su infinito,
Dante ardiendo en el tiempo del *disiato riso*,
Cernuda eternamente adolescente en días idénticos a

/ nubes,

Ungaretti escribiendo cartas de amor toda la noche
junto a su compañero masacrado,
Quevedo en su ceniza enamorada...

Voces de Dios, Babel de voces que ocupan la memoria
melodiosas y súbitas, relámpagos de dicha:
Darío en el propíleo del templo soberano
envidiando a la piedra, porque ésa ya no siente;
Jiménez contemplando el infinito campo de Castilla,

Machado conversando con el hombre que va siempre
/ consigo
porque espera poderle hablar a Dios un día,
el corazón de Hernández, una naranja helada,
y Lorca: árbol de sangre que riega la mañana.

Eternamente joven se alza en la luz Rimbaud
que por delicadeza creyó perder la vida,
y retorna en la imagen del albatros marino
la voz de Baudelaire como un templo de vivientes pilares,
o Eliot redimiéndose del fuego por el fuego,
y Wilcock en la noche de mármol de Venecia,
y Guillén en su luna de abril, su fábula de fuentes,
y el amor de Salinas, largo adiós que no acaba,
y Montale, que no sabe quién se va o quién se queda,
o Molinari cantando los grandes ríos argentinos
llenos de pájaros y flores,
y Borges alabando la maestría de Dios, cuya ironía
le dio a la vez los libros y la noche.

Voces de Dios, Babel de voces infinitas y súbitas,
relámpagos de dicha:
al final de la vida la poesía que amamos
perdura en la memoria que se irá con nosotros.

Pablo Neruda

Cuando tenía dieciséis años, Neftalí Ricardo Reyes Basoalto —ante la oposición de su padre a que publicara poemas— decidió adoptar un seudónimo. Al ver en una vieja revista un texto del escritor y poeta checo Jan Neruda, tomó en préstamo su apellido y le antepuso Pablo como nombre. Muchos años más tarde, al visitar Praga, se enteró de que Jan Neruda era un escritor nacional checo en cuyo homenaje se levantaba un monumento en el barrio Mala Strana.

Nacido el 12 de julio de 1904 en Parral, Chile, a los diecinueve años publicó su primer libro, *Crepusculario*, y a los veinte la Editorial Nascimento le editó su famoso *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, cuya intensidad y frescura juvenil no ha sido superada. Los treinta y siete libros publicados a lo largo de su vida, a los que debemos agregar su libro de memorias “Confieso que he vivido”, constituyen una prodigiosa muestra de virtuosismo poético y comprenden una extensa gama de temas cuya realización hace de su obra una creación poco frecuente que enlaza mundos diversos y palpitantes. Los dos primeros tomos de “Residencia en la tierra” expresan inigualmente la angustia existencial de los años treinta; las más de seiscientas páginas del “Canto General” configuran una exaltación épica del continente americano.

La militancia comunista del poeta se expresó también en su poesía, lo que le granjeó adhesiones y repudios. Lamentablemente, sus poemas partidarios, a Stalin, al Partido Comunista, etcétera, no conservan el nivel de su producción lírica y es lógico que así sea, pero ésta es tan abundante y de tan alta calidad que supera con creces cualquier mezquina objeción.

Neruda, que recibió el Premio Nobel de Literatura en 1971, murió el 23 de setiembre de 1973; doce días antes había triunfado en Chile el sangriento golpe militar de Pinochet.

Diurno doliente

De pasión sobrante y sueños de ceniza
un pálido palio llevo, un cortejo evidente,
un viento de metal que vive solo,
un sirviente mortal vestido de hambre,
y en lo fresco que baja del árbol, en la esencia del sol
que su salud de astro implanta en las flores,
cuando a mi piel parecida al oro llega el placer,
tú, fantasma coral con pies de tigre,
tú, ocasión funeral, reunión ígnea,
acechando la patria en que sobrevivo
con tus lanzas lunares que tiemblan un poco.

Porque la ventana que el mediodía vacío atraviesa
tiene un día cualquiera mayor aire en sus alas,
el frenesí hincha el traje y el sueño al sombrero,
una abeja extremada arde sin tregua.
Ahora, qué imprevisto paso hace crujir los caminos?
Qué vapor de estación lúgubre, qué rostro de cristal,
y aún más, qué sonido de carro viejo con espigas?
Ay, una a una, la ola que llora y la sal que se triza,
y el tiempo del amor celestial que pasa volando,
han tenido voz de huéspedes y espacio en la espera.

De distancias llevadas a cabo, de resentimientos infieles,
de hereditarias esperanzas mezcladas con sombra,
de asistencias desgarradoramente dulces
y días de transparente veta y estatua floral,
qué subsiste en mi término escaso, en mi débil producto?

De mi lecho amarillo y de mi substancia estrellada,
quién no es vecino y ausente a la vez?
Un esfuerzo que salta, una flecha de trigo
tengo, y un arco en mi pecho manifiestamente espera,
y un latido delgado, de agua y tenacidad,
como algo que se quiebra perpetuamente,
atraviesa hasta el fondo mis separaciones,
apaga mi poder y propaga mi duelo.

(“Residencia en la tierra” I)

La estudiante

Oh tú, más dulce, más interminable
que la dulzura, carnal enamorada
entre las sombras: de otros días
surges llenando de pesado polen
tu copa, en la delicia.

Desde la noche llena
de ultrajes, noche como el vino
desbocado, noche de oxidada púrpura,
a ti caí como una torre herida,
y entre las pobres sábanas tu estrella
palpitó contra mí quemando el cielo.

Oh redes del jazmín, oh fuego físico
alimentado en esta nueva sombra,
tinieblas que tocamos apretando
la cintura central, golpeando el tiempo
con sanguinarias ráfagas de espigas.

Amor sin nada más, en el vacío
de una burbuja, amor con calles muertas,
amor, cuando murió toda la vida
y nos dejó encendiendo los rincones.

Mordí mujer, me hundí desvaneciéndome
desde mi fuerza, atesoré racimos
y salí a caminar de beso en beso,
atado a las caricias, amarrado
a esta gruta de fría cabellera,
a estas piernas por labios recorridas:
hambriento entre los labios de la tierra,
devorando con labios devorados.

(Canto general)

César Vallejo

Vallejo, uno de los mayores poetas existenciales del idioma español, nació en un pueblo del norte peruano en 1892. Estudió filosofía y letras y se graduó en las universidades de Trujillo y de Lima, capital en la que publicó, en 1919, su primer libro de poemas, “Los heraldos negros”. También editó cuentos: con uno de ellos ganó el premio nacional de relatos en su país. Integró un grupo renovador con Abraham Valdelomar, pero al volver a su pueblo natal luego del fallecimiento de su madre fue apresado durante cuatro meses, acusado por sus ideas políticas. Enfermó de tuberculosis, que a la postre le causaría la muerte, y en 1922 publicó su libro “Trilce”, anagrama de triste y dulce, libro notable por su experimentación del lenguaje poético. Sintiendo irrespirable el ambiente de su patria se trasladó a París, donde se ganó la vida con colaboraciones en revistas, se adhirió al comunismo y se casó con Georgette Philipard. Viajó por varios países europeos y efectuó la acostumbrada peregrinación a la Unión Soviética, que visitó tres veces. Fue un período activo literariamente: no sólo escribía poemas, sino también cuentos, novelas y obras teatrales. Los años materialmente prósperos en Francia se acabaron en 1930, al ser expulsado de este país, y aunque pudo regresar dos años después su situación económica siempre fue difícil. Durante la Guerra Civil española escri-

bió los poemas de “España, aparta de mí este cáliz”, que incluye “Masa”, aquí reproducido. En poema premonitorio escribió que moriría en París un día con aguaceros, y así ocurrió en abril de 1938. Su viuda publicó después, con el título de “Poemas humanos”, un notable conjunto de textos existenciales que, unidos a la obra en verso ya mencionada, constituyen una de las más entrañables y novedosas obras líricas de la poesía escrita en español en todos los tiempos.

Los nueve monstruos

Y, desgraciadamente,
el dolor crece en el mundo a cada rato,
crece a treinta minutos por segundo, paso a paso,
y la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces
y la condición del martirio, carnívora, voraz,
es el dolor, dos veces
y la función de la yerba purísima, el dolor
dos veces
y el bien de ser, dolernos doblemente.

Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
Jamás tanto cariño doloroso,
jamás tan cerca arremetió lo lejos,
jamás el fuego nunca
jugó mejor su rol de frío muerto!
Jamás, señor Ministro de Salud, fue la salud
más mortal
y la migraña extrajo tanta frente de la frente!

Y el mueble tuvo en su cajón, dolor,
el corazón, en su cajón, dolor,
la lagartija, en su cajón, dolor.

Crece la desdicha, hermanos hombres,
más pronto que la máquina, a diez máquinas, y crece
con la res de Rousseau, con nuestras barbas;
crece el mal por razones que ignoramos
y es una inundación con propios líquidos,
con propio barro y propia nube sólida!
Invierte el sufrimiento posiciones, da función
en que el humor acuoso es vertical
al pavimento,
el ojo es visto y esta oreja oída,
y esta oreja da nueve campanadas a la hora
del rayo, y nueve carcajadas
a la hora del trigo, y nueve sones hembras
a la hora del llanto, y nueve cánticos
a la hora del hambre, y nueve truenos
y nueve látigos, menos un grito.

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos,
nos desclava en los lechos, cae perpendicularmente
a nuestros boletos, a nuestras cartas;
y es muy grave sufrir, puede uno orar...

Pues de resultas del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,

y otros que nacen y no mueren, otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren (Son los más).

Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo,
de ver el pan, crucificado, al nabo,
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al agua, huyendo,
al vino, un ecce-homo,
tan pálida a la nieve, al sol tan árido!

Cómo, hermanos humanos,
no deciros que ya no puedo y
ya no puedo con tanto cajón,
tanto minuto, tanta
lagartija y tanta
inversión, tanto lejos y tanta sed de sed!
Señor Ministro de Salud: qué hacer?
Ah! desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

(Poemas humanos)

Sombrero, abrigo, guantes

Enfrente a la Comedia Francesa, está el Café
de la Regencia: en él hay una pieza
recóndita, con una butaca y una mesa.
Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie.

Entre mis labios hechos de jebe, la pavesa
de un cigarrillo humea, y en el humo se ve
dos humos intensivos, el tórax del Café,
y en el tórax, un óxido profundo de tristeza.

Importa que el otoño se injerte en los otoños,
importa que el otoño se integre de retoños,
la nube, de semestres; de pómulos, la arruga.

Importa oler a loco postulando
qué cálida es la nieve, qué fugaz la tortuga,
el cómo, qué sencillo, qué fulminante el cuándo!

(Poemas humanos)

Masa

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: “¡No mueras: te amo tanto!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
“¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: “¡Tanto amor, y no poder nada contra la
/ muerte!”

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos
con un ruego común: “¡Quédate hermano!”
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon: les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

*(“España, aparta de mí este cáliz”
10 de noviembre de 1937)*

Garcilaso de la Vega

Nació en Toledo en 1503 y murió en Niza en 1536. De linaje noble, siguió la carrera de las armas, aunque fue permanente su afición a la literatura clásica y dominó el francés, el latín, el italiano y el griego. A los 17 años fue llamado a la corte por Carlos V y en 1523 lo nombró gentil-hombre. Allí conoció a Boscán y comenzó a cumplir acciones militares, aunque, por haber disgustado al monarca, fue confinado en una isla del Danubio por escaso tiempo. Fue herido en Túnez y en 1536, durante un asalto a la fortaleza provenzal de Muey, le fue arrojada una piedra que le produjo graves heridas que le causaron la muerte. El monarca, que le tenía enorme afecto, ordenó arrasar la ciudad y ahorcar a los defensores franceses. Una estadía del poeta en Nápoles durante cuatro años le permitió ahondar en el conocimiento de la poesía italiana, lo que originó la introducción del endecasílabo y otras formas métricas en la poesía española, perfeccionando una técnica a la que fue instado, se dice, por su amigo Boscán. Garcilaso escribió tres églogas, dos elegías, una epístola, cinco canciones y treinta y ocho sonetos que fueron publicados en 1543.

Soneto Décimo

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíades de ser en algún día,
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

Luis de Góngora

Nació en Córdoba, España, el 11 de julio de 1561. Primogénito de una familia de abolengo, prefirió el apellido de su madre. Estudió derecho en Salamanca, pero se entregó con mayor pasión al juego, a los amores y a la poesía. Su familia lo posicionó en la Iglesia y en 1585 fue nombrado racionero en la catedral de su ciudad natal. Los viajes a la corte extendieron su fama de poeta y sus poemas circulaban manuscritos. De esta forma, las *Soledades* y el *Polifemo*, que aparecían como un nuevo estilo poético, el denominado culteranismo, desataron polémicas y adhesiones entre los literatos. Sus décimas y sonetos satíricos le granjearon enemigos y admiradores. En 1617 fue a vivir a Madrid, donde se lo nombró capellán real. Sus pretensiones cortesanas no le fueron favorables y vegetó entre necesidades pecuniarias. Enfermó y marchó de regreso a Córdoba pero no obtuvo mejoría. Murió allí el 23 de mayo de 1627.

Al nacimiento de Cristo, Nuestro Señor

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!*

Cuando el silencio tenía
todas las cosas del suelo,
y coronada del yelo
reinaba la noche fría,
en medio la monarquía
de tiniebla tan cruel,

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué contento que está el heno
porque ha caído sobre él!*

De un solo clavel ceñida
la Virgen, aurora bella,
al mundo se le dio, y ella
quedó cual antes florida;
a la púrpura caída
sólo fue el heno fiel.

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!*

El heno, pues, que fue dino,
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves
este rosicler divino,
para su lecho fue lino,
oro para su dosel.

*Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno:
¡Qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!*

Giacomo Leopardi

Nació en Recanati, en el norte de Italia, en 1798 y murió en 1837. Vivió sólo 39 años y escribió una obra inmensa entre ensayos, crítica, sátiras, reflexiones y poesía. Sus “idilios”, cantos e himnos ejercieron una poderosa influencia en la literatura de su país. Nacido en el seno de una familia patricia, a los diez años había leído los diez mil libros de la biblioteca paterna. Aprendió griego, latín, hebreo y lenguas modernas y tradujo y comentó textos clásicos. Esa erudición devastó su físico: era un adolescente que padecía de escoliosis, una leve joroba, fiebres, asma; tenía la vista tan consumida como el organismo. Puede decirse que de tan extensa obra como escribió, perduran sus cantos y de entre ellos el poema que traducimos a continuación y que fue, durante casi dos siglos, una de las piezas más famosas de la poesía universal.

El infinito

Siempre amado me fue este yermo monte
y este cercado, que por muchas partes
oculta el horizonte a la mirada.

Mas, sentado y mirando, interminables
espacios, más allá, y sobrehumanos
silencios, y una hondísima quietud
mi mente se imagina, casi a punto
del pánico mi alma. Y como el viento
oigo sonar entre estas plantas, ese
infinito silencio yo comparo
con esta voz: lo eterno me recuerda,
las muertas estaciones y la viva
y actual, y su sonido. Así, en esta
inmensidad se anega el pensamiento,
y el naufragar en este mar me es dulce.

(Traducción de Horacio Armani)

Dante Alighieri

Nació en Florencia en 1265. A los 18 años se enamoró idealmente de Beatriz Portinari que, aunque casada con otro, permaneció siempre como fuente de inspiración para el poeta. En 1289 combatió en la batalla de Campaldino que consolidó la supremacía de Florencia sobre otras ciudades de la región toscana. La rivalidad política entre blancos y negros (güelfos y gibelinos) lo obligó al exilio con la amenaza de pena de muerte si retornaba, ya que era partidario de los primeros. Dante se había casado con Gemma Donati, pero pasó gran parte de su exilio solo, a veces con la compañía de sus hijos. Fracasó en un intento de regresar a Florencia y ante la imposibilidad de un cambio de la situación política, el poeta erró de ciudad en ciudad, habitando largo tiempo en Verona y luego en Ravena, donde murió exiliado el 14 de setiembre de 1321. Además de su obra inmortal, *La Divina Comedia*, escribió *La vida nueva*, historia poética de su amor por Beatriz, el *Convivio*, *De Vulgare Eloquencia*, escrita en latín, y *De Monarchia*, donde expone la necesidad del imperio universal y la recíproca independencia entre imperio y papado.

Beatriz

Tan recatada y tan gentil parece
la amada mía si al pasar saluda,
que toda lengua permanece muda
y los ojos confunde y estremece.

Entre alabanzas sigue, y se dijera
benignamente de humildad vestida;
desde el cielo a la tierra, descendida
a mostrar su milagro, pareciera.

Tan agraciada luce a quien la mira,
al corazón su vista da tal gozo,
que no lo entenderá quien no lo pruebe.

Y parece que desde el rostro mueve
un espíritu suave y amoroso
que al alma va diciéndole: suspira.

(Versión de Horacio Armani)

Fragmento del Canto V del “Infierno” de la “Divina Comedia”

(En el segundo círculo del Infierno, Dante encuentra las almas de Francesca, hija de un amigo suyo, casada con Gianciotto Malatesta, y del hermano de éste, Paolo. Ambos —Francesca y Paolo— se enamoraron y al sorprenderlos, Gianciotto les quitó la vida. El encuentro de Dante con la pareja ha sido tomado de la versión castellana de la obra realizada en 1973 por el poeta español Angel Crespo.)

A ellas después encaminé mi acento
y comencé: “Francesca, tus torturas
me hacen llorar con triste sentimiento.

Mas dí: en el tiempo aquel de las venturas
¿cómo y por qué te concedió el amor
conocer las pasiones aún oscuras?”

Y ella me dijo: “No hay mayor dolor
que recordar el tiempo de la dicha
en desgracia; y lo sabe tu doctor.

Pero si de este amor y esta desdicha
conocer quieres la raíz primera,
con palabras y llanto será dicha.

Cómo herido de amor Lancelot fuera,
por deleite leíamos un día:
soledad sin sospechas la nuestra era.

Palidecimos, y nos suspendía
nuestra lectura, a veces, la mirada;
y un pasaje, por fin, nos vencería.

Al leer que la risa deseada
besada fue por el fogoso amante
éste, de quien jamás seré apartada,

la boca me besó, todo anhelante.
Galeoto fue el libro y quien lo hiciera:
no leímos ya más desde ese instante.”

Mientras un alma hablaba, la otra era
presa del llanto; entonces, apiadado,
lo mismo me sentí que si muriera;

y caí como cuerpo inanimado.

Luis Cernuda

Nació en Sevilla en 1902. Tuvo a Pedro Salinas como profesor universitario, quien lo estimuló para escribir poesía. En 1925 comenzó a publicar poemas en revistas de vanguardia andaluzas. Se radicó en Madrid, donde se unió a los demás jóvenes que integraron la Generación del 27: García Lorca, Alberti, Guillén, Aleixandre. Cuando en 1936 estalló la Guerra Civil viajó a Inglaterra y Francia. Integró por algunos meses las milicias populares en Valencia, pero finalmente viajó a Escocia y luego a Londres, donde se desempeñó como lector de español. En 1952 dejó Inglaterra y luego de vivir un tiempo en Estados Unidos se radicó en México. Vivió en la casa de Manuel Altolagui-
rre y su mujer, Concha Méndez, donde murió el 5 de noviembre de 1952. El hondo pesimismo de su creación dio un matiz metafísico a la poesía española de su época, en la actualidad injustamente relegada.

Poema VII

Adolescente fui en días idénticos a nubes,
Cosa grácil, visible por penumbra y reflejo,
Y extraño es, si ese recuerdo busco,
Que tanto, tanto duela sobre el cuerpo de hoy.

Perder placer es triste
Como la dulce lámpara sobre el lento nocturno;
Aquél fui, aquél fui, aquél he sido;
Era la ignorancia mi sombra.

Ni gozo ni pena; fui niño
Prisionero entre muros cambiantes;
Historias como cuerpos, cristales como cielos,
Sueño luego, un sueño más alto que la vida.

Cuando la muerte quiera
Una verdad quitar de entre mis manos,
Las hallará vacías, como en la adolescencia
Ardientes de deseo, tendidas hacia el aire.

“Donde habite el olvido” (1932-33)

Te quiero

Te quiero.

Te lo he dicho con el viento,
Jugueteando tal un animalillo en la arena
O iracundo como órgano tempestuoso;

Te lo he dicho con el sol,
Que dora desnudos cuerpos juveniles
Y sonríe en todas las cosas inocentes;

Te lo he dicho con las nubes,
Frentes melancólicas que sostienen el cielo,
Tristezas fugitivas;

Te lo he dicho con las plantas,
Leves caricias transparentes
Que se cubren de rubor repentino;
Te lo he dicho con el agua,
Vida luminosa que vela un fondo de sombra;

Te lo he dicho con el miedo,
Te lo he dicho con la alegría,

Con el hastío, con las terribles palabras.
Pero así no me basta;
Más allá de la vida
Quiero decírtelo con la muerte,
Más allá del amor
Quiero decírtelo con el olvido.

(Los placeres prohibidos, 1931)

Giuseppe Ungaretti

Nació en Alejandría, Egipto, en 1888. A los 24 años abandonó su ciudad natal y se trasladó a París para estudiar en la Sorbona. En Francia conoció a Apollinaire, Gide, Valéry, a Papini y otros poetas italianos. Cuando estalló la primera guerra mundial, luchó en el frente italiano y compuso los poemas más importantes de su libro *L'allegria*. En 1916 publicó *Il porto sepolto*, que llevaba prólogo de un aún ignorado Benito Mussolini. Se casó en 1920 y comenzó a ejercer el periodismo, realizando numerosos viajes. Desde 1936 hasta 1942 enseñó en la universidad brasileña de San Pablo; en 1939 murió su hijo Antonietto, inspirador de varios poemas de su libro *Il dolore*. Al volver a Italia fue profesor en la Universidad de Roma. Murió en Milán el 3 de junio de 1970. Ungaretti, que visitó dos veces Buenos Aires, fue el iniciador de una nueva aventura en la poesía italiana: dio relieve a la palabra como elemento puro en su más extrema síntesis. Fue otro de los grandes nombres ignorados por el Premio Nobel de Literatura.

Vigilia

Una entera velada
tendido al costado
de un compañero
masacrado
con su boca
desencajada
vuelta al plenilunio
con la congestión
de sus manos
penetrada en mi silencio
he escrito
cartas llenas de amor.

No me he sentido nunca
tan
aferrado a la vida.

(L'allegria)

Vagabundo

En ninguna
parte
de la tierra
me puedo
arraigar

A cada
nuevo
clima
que encuentro
descubro
desfalleciente
que
una vez
ya le estuve habituado

Y me separo siempre
extranjero
Naciendo
tornado de épocas demasiado
vivas

Gozar un solo
minuto de vida
inicial

Busco un país
inocente

(L'Allegria)

Una paloma

De otros diluvios oigo una paloma.

(Sentimento del tempo)

Todo he perdido

Todo he perdido de la infancia
y no podré ya más
olvidarme en un grito.

He enterrado la infancia
en el fondo de las noches
y ahora, espada invisible,
me separa de todo.

De mí recuerdo que exultaba amándote,
y aquí estoy, extraviado
en lo infinito de las noches.

Desesperación que incesante aumenta,
ya para mí la vida
detenida en el fondo de la garganta,
no es más que una roca de gritos.

(Il dolore)

(Traducciones de Horacio Armani)

Francisco de Quevedo

Nació en Madrid en 1580 y murió en Villanueva de los Infantes en 1645. Antes de los quince años se licenció en teología y aprendió francés, hebreo, latín, italiano, griego y árabe. A los 25 años ya era considerado una cumbre literaria. Espadachín, mujeriego, intrigante y revoltoso, en 1611 huyó a Sicilia luego de matar en duelo a un caballero. Durante el virreinato del duque de Osuna en Nápoles éste lo nombró consejero y ministro; en 1617 el rey le confirió el hábito de Santiago. Al caer el duque, fue desterrado en Torre de Juan Abad. Cuando ascendió Felipe IV al trono, en 1621, escribió un panfleto contra el conde-duque de Olivares, quien lo hizo apresar en 1639. En 1643, al caer éste, Quevedo recuperó su libertad y, enfermo y desanimado, se recluyó en Villanueva de los Infantes, donde, en una humilde vivienda, falleció el 8 de septiembre de 1645. Sus poemas, en gran parte sonetos, y sus escritos en prosa, morales y festivos, constituyen una de las cumbres de la literatura española de todas las épocas.

Salmo XVII

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

Amor constante más allá de la muerte

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría,
y perder el respeto a ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
medulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejarán, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

Rubén Darío

Fue el poeta de una época, de esa edad que abarcó los últimos diez años del siglo XIX y los quince primeros del XX. Se podría decir que amalgamó la musicalidad de la poesía francesa con el color cristalino de la sonoridad del idioma castellano. Surgió en un momento en que la poesía en español no encontraba su ritmo; música y color fueron sus elementos. Nació en un pueblo de Nicaragua, Metapa, que hoy lleva su nombre, en 1867 y murió en León en 1916. Vivió un tiempo en Chile y luego en Buenos Aires, donde su presencia transformó de alguna manera la poesía argentina. Trabajó en el diario La Nación, que lo nombró corresponsal en España. Fue diplomático en la Argentina y en Francia y renovó la poesía en castellano con su imaginería y su musicalidad. Son famosos sus libros de poemas *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896) y *Cantos de vida y esperanza* (1905). El movimiento surgido de esta obra poética se denominó modernismo y triunfó por décadas en el ámbito de la poesía hispanoamericana y española.

Lo fatal

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura porque esa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
¡y no saber adónde vamos,
ni de dónde venimos!...

La Dea

A Alberto Ghiraldo

Alberto, en el propíleo del templo soberano
donde Renán rezaba, Verlaine cantado hubiera,
Primavera una rosa de amor tiene en la mano,
y cerca de la joven y dulce Primavera

Término su sonrisa de piedra brinda en vano
a la desnuda náyade y a la ninfa hechicera
que viene a la soberbia fiesta de la pradera
y del bosque en busca del lírico Silvano.

Sobre su altar de oro se levanta la Dea
—tal en su aspecto icónico la virgen bizantina—:
toda belleza humana ante su luz es fea;

toda visión humana a su luz es divina,
y ésta es la virtud sacra de la divina Idea
cuya alma es una sombra que todo lo ilumina.

(Prosas profanas)

Versos de otoño

Cuando mi pensamiento va hacia ti, se perfuma;
tu mirar es tan dulce que se torna profundo.
Bajo tus pies desnudos aún hay blancor de espuma
y en tus labios compendias la alegría del mundo.

El amor pasajero tiene el encanto breve
y ofrece un igual término para el gozo y la pena.
Hace una hora un nombre grabé sobre la nieve;
hace un minuto dije mi amor sobre la arena.

Las hojas amarillas caen en la alameda
en donde vagan tantas parejas amorosas.
Y en la copa de Otoño un vago vino queda
en que han de deshojarse, Primavera, tus rosas.

(El canto errante)

Juan Ramón Jiménez

Fue uno de los grandes poetas españoles del siglo XX. Había nacido en Moguer en 1881 y tenía apenas poco más de veinte años cuando comenzó a publicar sus libros, que revelaban ya una adhesión muy íntima al modernismo que había impuesto Rubén Darío y que fue poco a poco transformándose en un exponente de lo que dio en llamarse poesía pura. Se ha dividido su obra en varias etapas, si bien éstas marcan un adensamiento en la expresión que no rehúyen nunca el profundo fluir de la belleza expresiva que caracterizó toda su vasta producción en verso. Escribió también en prosa y en un tiempo fue famosa su obra “Platero y yo”, que ha quedado como una expresión de libro narrativo-poético para adolescentes. Su última etapa creadora se adensa en la persecución de un misticismo poético al exaltar la figura de un Dios espiritual exponente de la poesía. Murió en San Juan, Puerto Rico, exiliado por propia voluntad de la España franquista, en 1958, poco después de recibir el Premio Nobel de literatura. Con su mujer, Zenobia Camprubí, visitó la Argentina en 1948 durante tres meses obteniendo un recibimiento triunfal.

Retorno fugaz

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
—¡Oh corazón falaz, mente indecisa!—
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huída de la primavera?

Tan leve, tan voluble, tan ligera
como estival vilano... ¡Sí! Imprecisa
como sonrisa que se pierde en risa...
¡Vana en el aire, igual que un bandera!

¡Bandera, sonreír, vilano, alada
primavera de junio, brisa pura...
¡Qué loco fue tu carnaval, qué triste!

Todo tu cambiar trocóse en nada
-¡memoria, ciega abeja de amargura!-.
¡No sé cómo eras, yo que sé que fuiste!

(Sonetos espirituales)

Octubre

Estaba echado yo en la tierra, enfrente
del infinito campo de Castilla
que el otoño envolvía en la amarilla
dulzura de su claro sol poniente.

Lento, el arado, paralelamente
abría el haza oscura, y la sencilla
mano abierta dejaba la semilla
en su entraña partida honradamente.

Pensé arrancarme el corazón, y echarlo,
pleno de su sentir alto y profundo,
al ancho surco del terruño tierno,

a ver si con romperlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol puro del amor eterno.

(Sonetos espirituales)

Remordimiento

Le taparía el tiempo
con rosas, por que no
recordara.
Una rosa distinta,
de una imprevista magia,
sobre cada hora solitaria de oro
o sombra,
hueco propicio a las memorias trágicas.
Que, como entre divinas
y alegres
enredaderas rosas, granas, blancas,
que no dejaran sitio a lo pasado,
se le enredara,
con el cuerpo,
el alma

(Diario de un poeta recién casado)

Antonio Machado

Nació en Sevilla en 1875. Cuando tenía cinco años, sus padres lo llevaron a Madrid, donde se educó. En 1907 obtuvo la cátedra de lengua francesa, que desempeñó durante cinco años en Soria. Allí se casó y, al morir su esposa, se trasladó a Baeza. En 1910 vivió en París, donde asistió a un curso del filósofo Bergson. Vivió en muchas ciudades españolas. Escribió cancioneros apócrifos, creando personajes como Abel Martín y Juan de Mairena. El final de la guerra civil española lo encontró huyendo, enfermo, hacia la frontera con Francia, con su madre ya anciana en una ambulancia. Ambos lograron pasar a Colliure, donde el poeta murió el 22 de febrero de 1939; su madre lo siguió tres días después. El crítico Manuel Alvar señala, citando una frase de Malraux, que junto a Antonio Machado sentimos vibrar ese “sentimiento del mundo” que se ha “convertido en su propia voz, en los signos descodificados con que nos transmite su mensaje, poético, personal, español”.

Húmedo está, bajo el laurel..

Húmedo está, bajo el laurel, el banco
de verdinosa piedra;
lavó la lluvia, sobre el muro blanco,
las empolvadas hojas de la hiedra.
Del viento del otoño el tibio aliento
los céspedes ondula, y la alameda
conversa con el viento...
¡el viento de la tarde en la arboleda!
Mientras el sol en el ocaso esplende
que los racimos de la vid oreá,
y el buen burgués, en su balcón enciende
la estoica pipa en que el tabaco humea,
voy recordando versos juveniles...
¿Qué fue de aquel mi corazón sonoro?
¿Será cierto que os vais, sombras gentiles,
huyendo entre los árboles de oro?

(Humorismos, fantasías, apuntes)

Retrato

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.
Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—
mas recibí la flecha que me asignó Cupido
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.
Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.
Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard,
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.
Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.
¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,

no por el docto oficio del forjador preciada.
Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.
Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo como los hijos de la mar.

(Campos de Castilla)

Consejos

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco— sin que al partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.

(Campos de Castilla: Parábolas)

Miguel Hernández

Nació en Orihuela, ciudad situada en el distrito de Alicante, España, en 1910. Su padre tenía una modesta parcela en la que criaba cabras y ovejas, y Miguel ayudaba en sus tareas pastoriles. No obstante, pudo cumplir el ciclo de enseñanza primaria y trabó amistad con José Marín Gutiérrez, “Ramón Sijé”, de bien situada familia, que influyó en su vocación poética a pesar de su muerte temprana. Hernández, que comenzó a publicar en pequeñas revistas literarias sus poemas, realizó algunos viajes a Madrid, donde trabó relación con calificados grupos literarios y conoció a Carmen Conde, García Lorca, Vicente Aleixandre y otros. En 1933 publicó su primer libro de poemas, “Perito en lunas”; al año siguiente conoce a José Bergamín, quien le publica poemas en la histórica revista Cruz y Raya. En sus viajes a Madrid (pues continuaba regresando a su pueblo natal para ayudar a su padre) conoce a los poetas de la generación del 27, y en 1936 escribe la conocida elegía a Ramón Sijé. Al estallar la guerra civil se incorpora como voluntario en el Quinto Regimiento de milicias populares. En el 37 actúa en varios frentes y escribe y publica obras de teatro; visita con un grupo la Unión Soviética y nace su primer hijo, que muere al año siguiente. En 1939 nace su segundo hijo y al terminar la guerra civil intenta pasar a Portugal, pero las autoridades de este país lo entregaron a

las españolas. Es recluso en cárceles de Madrid y Sevilla y en 1940 fue condenado a muerte, pero la pena fue conmutada a treinta años. Enfermo ya de tuberculosis, lo trasladan al Reformatorio de Adultos de Alicante. En 1942, a los 32 años, muere el 28 de marzo en esa prisión. Dicen Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia en el tomo de recopilación de su obra poética completa: “La primavera, recién estrenada, debió de regresar de súbito al invierno, porque algo alto y hermoso se helaba para siempre”.

Soneto 5

Tu corazón, una naranja helada
con un dentro sin luz de dulce miera
y una porosa vista de oro: un fuera
venturas prometiendo a la mirada.

Mi corazón, una febril granada
de agrupado rubor y abierta cera,
que sus tiernos collares te ofreciera
con una obstinación enamorada.

¡Ay, qué acometimiento de quebranto
ir a tu corazón y hallar un hielo
de irreductible y pavorosa nieve!

Por los alrededores de mi llanto
un pañuelo sediento va de vuelo
con la esperanza de que en él lo abreve.

Soneto 8

Por tu pie la blancura más bailable,
donde cesa en diez partes tu hermosura,
una paloma sube a tu cintura,
baja a la tierra un nardo interminable.

Con tu pie vas poniendo lo admirable
del nácar en ridícula estrechura,
y a donde va tu pie va la blancura,
perro sembrado de jazmín calzable.

A tu pie, tan espuma como playa,
arena y mar me arrimo y desarrimo
y al redil de su planta entrar procuro.

Entro y dejo que el alma se me vaya
por la voz amorosa del racimo:
pisa mi corazón que ya es maduro.

(El rayo que no cesa)

Federico García Lorca

Nació en 1898 en Fuente Vaqueros, pueblo cercano a Granada, España, en cuya Universidad estudió Filosofía y Letras y Derecho. Su primer libro, *Impresiones y Paisajes*, de prosas poéticas, apareció en 1918; luego se trasladó a Madrid, donde vivió en la Residencia de Estudiantes. Desde muy joven escribió poesía: *Libro de poemas* apareció en 1921. En 1927 estrenó su drama teatral *Mariana Pineda* con gran éxito. Su labor literaria se concentró en el teatro y en la poesía. Después de un viaje a los Estados Unidos y a Cuba fundó el teatro universitario La Barraca, que difundió por toda España. Entre 1933 y 1934 realizó un viaje a Buenos Aires, donde estrenó obras teatrales. Por rivalidades locales fue detenido en Granada al estallar la guerra civil, en 1936, y fusilado sin juicio alguno en Viznar, sin que nunca se pudieran localizar sus restos. En poesía son famosas sus obras *Canciones* (1927), *Romancero gitano* (1928), *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (1935), *Seis poemas galegos* (1935), *Primeras canciones* (1936), *Poeta en Nueva York* (México, 1940), *Diván del Tamarit*, etcétera. En la Argentina se publicaron todas sus obras mientras estaban prohibidas en España. A su poesía plena de musicalidad, imaginación y color se agrega un extraño libro surrealista publicado después de su muerte, el ya citado *Poeta en Nueva York*. En el género teatral, *Bodas de sangre* y *La casa de Ber-*

narda Alba son sus obras más celebradas. Elegimos tres sonetos, aunque casi toda su obra es antológica.

Adán

Árbol de sangre riega la mañana
por donde gime la recién parida.
Su voz deja cristales en la herida
y un gráfico de hueso en la ventana.

Mientras la luz que viene fija y gana
blancas metas de fábula que olvida
el tumulto de venas en la huída
hacia el turbio frescor de la manzana,

Adán sueña en la fiebre de la arcilla
un niño que se acerca galopando
por el doble latir de su mejilla.

Pero otro Adán oscuro está soñando
neutra luna de piedra sin semilla
donde el niño de luz se irá quemando.

A Mercedes en su vuelo

Una viola de luz yerta y helada
eres ya por las rocas de la altura.
Una voz sin garganta, voz oscura
que suena en todo sin sonar en nada.

Tu pensamiento es nieve resbalada
en la gloria sin fin de la blancura.
Tu perfil es perenne quemadura.
Tu corazón, paloma desatada.

Canta ya por el aire sin cadena
la matinal fragante melodía
monte de luz y llaga de azucena.

Que nosotros aquí de noche y día
haremos en la espina de la pena
una guirnalda de melancolía.

El poeta pide a su amor que le escriba

Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena, pues, de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.

(Antología Poética. Pleamar)

Arthur Rimbaud

Nació en Charleville el 20 de octubre de 1854. Hijo de una madre muy religiosa y severa, fue un alumno de excepcional inteligencia y de carácter extremadamente rebelde. A los quince años escapó a París y actuó en los disturbios de la Comuna. Fue preso y devuelto al pueblo natal; otras dos fugas a París lo obligaron a volver a pie a su hogar. En 1871 conoció a Verlaine y viajó con él a Inglaterra y Bruselas. En la capital belga tuvo una disputa con Verlaine, quien lo hirió y fue encarcelado. Después, Rimbaud visitó diversos países y ejerció muchos oficios: recorrió Dinamarca, Suecia y Noruega integrando un circo; fue expulsado de Alemania, Austria y Bélgica. Enrolado en el ejército colonial de Holanda conoció Sumatra, Java y otras islas. Desertó y en 1880 fijó su residencia en Aden, traficando por varios países oro, armas y marfil. En 1891, a raíz de un tumor en una rodilla, fue trasladado a Marsella, donde le amputaron una pierna. Efectuó un último viaje a Charleville y cuando se disponía a regresar a África tuvo que ser hospitalizado de nuevo en Marsella, donde murió el 10 de noviembre de 1891. Cuatro años más tarde aparecieron sus poesías completas, que recogen todo lo escrito durante la primera etapa de su vida, ya que desde muy joven descreyó de la poesía. Sus obras *Une Saison en Enfer* (1873) y *Les Illuminations* (1886) tuvieron una influencia

fundamental en la creación poética de la época, situándolo actualmente como un clásico de la poesía francesa.

Canción de la más alta torre

Juventud ociosa
a todo rendida,
por delicadeza
yo perdí mi vida.
Ah, que venga el tiempo
del enamoramiento.

Me propuse: deja,
permanece aislado
y sin la promesa
de goces más altos.
Que no seas turbado
retiro sagrado.

Tan paciente fui
que por siempre olvido;
miedos y dolores
al cielo han partido
y la sed impura
mi sangre hace oscura.

Como la Pradera
al olvido dada,

creciente y florida
de incienso y cizañas
bajo cien zumbantes
moscas repugnantes.

Ah, las mil viudeces
de un alma tan pobre
a quien sólo guía
la Virgen María.
¿Es que se le implora
a Nuestra Señora?

Juventud ociosa
a todo rendida,
por delicadeza
yo perdí mi vida.
Ah, que venga el tiempo
del enamoramiento.

(Traducción de Horacio Armani)

Vocales

A negra, E blanca, I roja, U verde, O azul, vocales:
un día diré vuestros latentes nacimientos.

A, velludo corsé de moscones hambrientos
que rodean zumbando los hedores letales,

golfo de sombra; E, candidez del vapor,
lanza de los glaciares, temblor de la medusa;
I, púrpura, escupida sangre, sonrisa intrusa
en los labios hermosos de ebriedad o furor.

U, cielos, vibraciones de los mares potentes,
paz de los prados, paz de las rugosas frentes,
de los que de la alquimia tentaron los cerrojos.

O, supremo clarín de estridores profundos,
silencio atravesado por Angeles y Mundos:
¡O, la Omega, destello violeta de Sus Ojos!

(Poésies, 1871. Traducción de Raúl Gustavo Aguirre)

Charles Baudelaire

Se lo llamó padre de la poesía moderna, dice Raúl Gustavo Aguirre y agrega que su soneto “Correspondencias” abrió el camino del simbolismo. Había nacido en París en 1821 y luego de efectuar sus estudios y obligado por su familia -que desaprobaba su gusto por la literatura- realizó un viaje a la India. Al regreso, luego de diez meses, tomó posesión de la herencia paterna y comenzó a frecuentar los círculos literarios relacionándose con Gautier, Banville, Sainte-Beuve y otros líricos de la época. Conoció a una actriz de color, Jeanne Duval, que influyó en su creación al tiempo que se iniciaba en el uso de las drogas. Comenzó a traducir a Poe y a publicar poemas en revistas literarias. Los reunió en un volumen titulado *Las flores del mal*, su obra cumbre, origen de un juicio en el que fue condenado a pagar una multa y a suprimir seis poemas tachados de inmorales. Deteriorada su salud por las drogas y el alcohol y sin medios de vida (derrochada su fortuna) se instaló en Bélgica. En 1866 sufrió un ataque de hemiplejía y al año siguiente murió en un sanatorio de París (31 de agosto de 1867). Dice el citado Aguirre que “le debemos ‘la noción de poesía como una entidad que trasciende la pasión y la razón humanas’ y una preocupación moral cuyo centro es el individuo concreto”.

Correspondencias

La Creación es un templo donde vivos pilares
dejan surgir a veces unas voces oscuras;
allí los hombres pasan a través de espesuras
de símbolos que observan con ojos familiares.

Como confusos ecos que a lo lejos se ahogan
en una tenebrosa y profunda unidad,
vasta como la noche, como la claridad,
perfumes y colores y sonidos dialogan.

Y así hay perfumes frescos como recién nacidos,
verdes como los prados, dulces como el oboe,
y hay otros triunfadores, densos y corrompidos,

todos de una expansión infinita movidos,
como el almizcle, el ámbar, el incienso, el aloe,
que cantan los transportes del alma y los sentidos.

(Las flores del mal. Traducción de Raúl Gustavo Aguirre)

El albatros

Por divertirse, a veces, suelen los marineros
cazar albatros, grandes pájaros singulares
que siguen, de su viaje lánguidos compañeros,
al barco en los acerbos abismos de los mares.

Mas cuando en las cubiertas apenas los arrojan,
esos reyes del cielo, torpes y avergonzados,
sus grandes alas blancas míseramente aflojan
y las dejan cual remos caer a sus costados.

¡Qué torpe es y qué débil ese viajero alado!
Él, antes tan hermoso, ¡qué cómico en el suelo!
Uno con una pipa el pico le ha quemado;
remeda otro, rengueando, del inválido el vuelo.

El Poeta es como ese príncipe del nublado
que puede huir de las flechas y el rayo frecuentar;
en el suelo, entre ataques y burlas desterrado,
sus alas de gigante le impiden caminar.

(Las flores del mal. Traducción de Nydia Lamarque)

T. S. Eliot

Thomas Stearns Eliot nació en 1888 en S. Louis, Missouri (EE.UU.). Estudió en Harvard y en 1910 se doctoró en filosofía. Realizó entonces un viaje a Francia, donde asistió a los cursos de Bergson. Volvió a los Estados Unidos y luego de unos estudios en Alemania se radicó en 1916 en Londres. Ya había publicado su primera obra poética, “La canción de amor de J. Alfred Prufrock”. En 1917 entró a trabajar en el famoso banco Lloyd’s y en 1925 pasó a dirigir la editorial Faber and Faber. Casado con una mujer que padecía de desequilibrio mental, se separó en 1932 dejándola en un sanatorio, donde ésta moriría en 1947. Su obra poética cobró gran relieve en el vanguardismo de la época, llamado en inglés modernismo, y a partir de 1920 comenzó a publicar sus grandes poemas y sus agudos ensayos literarios, así como obras teatrales (“Asesinato en la Catedral”, “Retrato de una dama”, etc.). En poesía su obra es numerosa, desde grandes poemas divididos en varios cantos, como “Tierra baldía”, que lo convirtió en la figura central de la poesía inglesa, hasta colecciones líricas de gran suceso e influencia. Eliot volvió a casarse con su secretaria Valerie y recibió el Premio Nobel de Literatura en 1948. En 1927 se había nacionalizado inglés. Murió en Londres en 1965.

Little Gidding

IV

La paloma al bajar divide el aire
con llama de terror incandescente
del que dicen las lenguas que la sola
salvación del pecado y del error,
la única esperanza sin desesperación
radica en la elección de una u otra pira
para ser redimido del fuego por el fuego.

¿Quién inventó el tormento? Es el Amor.
Amor es ese nombre tan insólito
detrás de aquellas manos que tejieron
la camisa de llama intolerable
que el humano poder no consigue arrancarse.
Solamente vivimos, solamente gemimos
consumiéndonos dentro de un fuego u otro fuego.

(Traducción de Juan Rodolfo Wilcock)

Canto para Simeón

Señor: los jacintos romanos ya florecen en búcaros y
el sol de invierno se insinúa por los montes nevados;
la inflexible estación ha hecho un alto.

Mi vida es leve, en espera del viento de la muerte,
como una pluma en la palma de mi mano.

El polvo en la luz del sol y la memoria en los rincones
espera el viento que hiela hacia la tierra muerta.

Concédenos tu paz.

He andado muchos años por esta ciudad,
guardando fe y ayuno, dando limosna a los pobres,
he dado y tomado honor y reposo.

Nunca nadie fue rechazado de mi puerta.

¿Quién recordará mi casa, dónde vivirán los hijos de mis
/ hijos

cuando el tiempo del pesar sea llegado?

Tendrán que ir por el sendero de las cabras y al hogar del
/ zorro,

eludiendo las armas y los rostros extraños.

Antes del tiempo de las cuerdas y los azotes y el lamento
concédenos tu paz.

Antes de las estaciones de la montaña de la desolación,

antes de la hora cierta del luto maternal,
ahora en esta estación del nacimiento de la muerte,
deja al Hijo, el Verbo que aún no se ha dejado oír,
conceder el consuelo de Israel
a quien tiene ochenta años, sin mañana.

Conforme a tu palabra.
Te alabarán a Ti y sufrirán en cada generación
con gloria y escarnio,
luz sobre luz, subiendo la escala del santo.
No sea para mí el martirio, el éxtasis de pensamiento
/ y plegaria,
no para mí la visión última.
Concédenos tu paz
(y una espada atravesará mi corazón,
tuyo también).
Estoy cansado de mi propia vida y de las vidas de
/ aquellos que han de seguirme,
estoy muriendo mi propia muerte y las muertes de
/ aquellos que han de seguirme,
deja a tu siervo partir
después de ver tu salvación.

(Traducción de E. L. Revol)

Juan Rodolfo Wilcock

Nació en Buenos Aires en 1919. Se graduó de ingeniero, profesión que abandonó por la literatura. Especialmente dotado para la poesía, colaboró en Sur, La Nación y La Prensa, y fundó con Ana María Chohuy Aguirre la revista Verde Memoria; luego publicó Disco, otro órgano literario. Fue quizás el principal impulsor del movimiento poético que se dio en ser llamado neorromántico. En 1940 obtuvo el primer premio municipal de poesía por su *Libro de poemas y canciones*. En nuestro país publicó *Ensayos de poesía lírica* (1945), *Persecución de las musas menores* (1946), *Paseo sentimental* (1946), *Los hermosos días* (1947) y *Sexto* (1953). Luego se fue a vivir a Italia, donde se desempeñó como traductor para grandes editoriales y colaboró asiduamente en importantes periódicos. Allí publicó varios libros de relatos, como *Il Caos* (1961) y una recopilación de sus poesías. Murió en Viterbo en 1978.

Mis pasos en la noche

Mis pasos en la noche de mármol de Venecia
como un eco repiten pasos de otros amantes
sepultos bajo el piso desigual de una iglesia
entre damas adúlteras y duques navegantes.

De sus vastas pasiones no quedó nada, nada,
y quedaron en cambio su escudo y su palacio;
sin embargo, una noche como esta innominada
se creyeron eternos y fuera del espacio,

y creyeron que el fuego y el mármol y el Ticiano
no durarían tanto como eso que sentían
ascender por las ondas marmóreas del verano
hacia un mosaico púrpura de nubes que se abrían.

(Sexto)

De la nieve

Qué solo estoy detrás de mis ventanas;
y mientras juega el viento con la nieve
pienso en mi juventud, huyendo, breve,
más lejos que las cumbres más lejanas.

Y al extinto fulgor de otras mañanas
pasan mis glorias, y en el aire leve
ya dejo que la nieve se las lleve
donde dispersas van las cosas vanas.

Tranquilo, como un hombre que ha soñado
y se despierta, y al mirar el día
ve que la muerte espera al otro lado,

estoy de pie, detrás de los cristales,
acariciando la melancolía
y sus alas plegadas y triunfales.

(Ensayos de poesía lírica)

El inminente

Como la lluvia sobre el agua,
el cielo gris, las nubes,
todo descende y huye.
Entre las olas cruza un ave oscura.

Oh déjame ver en tus ojos
un dibujo con palacios de cristal, con estanques
donde flotan las plantas!

He muerto ya de amor,
no existo, soy el aire,
estoy en torno tuyo.
¡Oh amante! Un nombre como el viento,
el color de los árboles, una rama
sobre tu frente suspendida, el tiempo,
el tiempo que tú quisieras atravesar,
la época de las flores.

(Los hermosos días)

Jorge Guillén

Quizás el más puro de los poetas españoles de la generación del 27, nació en Valladolid en 1893. Entre 1911 y 1913 estudió Filosofía y Letras en Madrid. Fue lector de la Sorbona entre 1917 y 1923 y doctor en Letras en Madrid en 1924. Lector en Oxford y profesor en Sevilla, comenzó en 1938 su exilio de España y se desempeñó en el Wellesley College, de Massachussets, entre 1940 y 1957, así como en otros centros universitarios. La Universidad de Harvard lo honró con una cátedra de poesía, y pasado el franquismo obtuvo en España el primer Premio Cervantes, en 1977. Residió luego en Málaga, aunque visitó constantemente otros países europeos. Murió en 1983. En Buenos Aires publicó buena parte de su obra poética, como *Cántico*, en Losada (completo), *Clamor* (tres tomos) y otros libros que forman un conjunto con el título *Aire nuestro*. Publicó también volúmenes de ensayos recopilados con el título *Obra en Prosa*.

La poesía de Guillén es al mismo tiempo intimista y expansiva; el goce del vivir se trasluce en casi todos sus poemas, que parecen iluminados por una luz cordial y exaltadora de la vida.

Advenimiento

¡Oh luna! ¡Cuánto abril!
¡Qué vasto y dulce el aire!
Todo lo que perdí
volverá con las aves.

Sí, con las avecillas
que en coro de alborada
pían y pían, pían
sin designio de gracia.

La luna está muy cerca,
quieta en el aire nuestro.
El que yo fui me espera
bajo mis pensamientos.

Cantará el ruiñeñor
en la cima del ansia.
¡Arrebol, arrebol
entre el cielo y las auras!

¿Y se perdió aquel tiempo
que yo perdí? La mano
dispone, dios ligero,
de esta luna sin año.

(Cántico)

Los jardines

Tiempo en profundidad: está en jardines.
Mira cómo se posa. Ya se ahonda.
Ya es tuyo su interior. ¡Qué transparencia
de muchas tardes, para siempre juntas!
Sí, tu niñez, ya fábula de fuentes.

(Cántico)

Río

¡Qué serena va el agua!
Silencios unifica.
Espadas de cristal
a la deriva esquivan
-lenta espera- sus filos...
El mar las necesita.
Pero un frescor errante
por el río extravía
voces enamoradas.
Piden, juran, recitan,
¡Pulso de la corriente!

¡Cómo late: delira!
Bajo las aguas cielos
íntimos se deslizan.
La corola del aire
profundo se ilumina.
Van más enamoradas
las voces.
Van, ansían.
Yo quisiera, quisiera ...
Todo el río suspira.

(Cántico)

Pedro Salinas

Nació en Madrid en 1891. En esta ciudad cursó las carreras de Derecho y Filosofía y Letras. Al año siguiente de doctorarse en esta última, en 1918, obtuvo la cátedra respectiva en la Universidad de Sevilla, que también desempeñó en las universidades de Murcia y Madrid. De 1933 a 1936 fue secretario de la Universidad Internacional de Santander. Los cuatro libros más importantes de su producción poética aparecieron entre 1929 y el comienzo de la guerra civil: *Seguro azar* (1929), *Fábula y signo* (1931), *La voz a ti debida* (1934) y *Razón de amor* (1936). Al comienzo del conflicto se trasladó a los Estados Unidos, donde fue profesor de literatura en el Wallesley College y en la John Hopkins University. Durante unos años tuvo una cátedra en la Universidad de Puerto Rico. Fue también autor de obras de teatro y del volumen de cuentos *El desnudo impecable* (1951). En ensayo, publicó *Jorge Manrique, o tradición y originalidad* (1947), *La poesía de Rubén Darío* (1947) y *El Defensor* (1948). Otros libros de poemas son *El contemplado* (1946), *Todo más claro y otros poemas* (1949), *Confianza* (1955). Sus poesías completas se publicaron en 1971 y 1975, e incluyen el volumen inédito *Largo lamento*.

Murió en Boston en 1951, pero sus restos yacen en el cementerio de San Juan de Puerto Rico. Su poesía está en-

raizada en la exaltación de los más puros sentimientos y es una búsqueda de la belleza y de lo absoluto desde una visión profundamente humana.

Qué alegría vivir...

Qué alegría vivir
sintiéndose vivido.

Rendirse

a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.

Que cuando los espejos, los espías,
azogues, almas cortas, aseguran
que estoy aquí, yo, inmóvil,
con los ojos cerrados y los labios,
negándome al amor
de la luz, de la flor y de los nombres,
la verdad transvisible es que camino
sin mis pasos, con otros,
allá lejos, y allí
estoy besando flores, luces, hablo.

Que hay otro ser por el que miro el mundo
porque me está queriendo con sus ojos.

Que hay otra voz con la que digo cosas
no sospechadas por mi gran silencio;
y es que también me quiere con su voz.

La vida —¡qué transporte ya!—, ignorancia
de lo que son mis actos, que ella hace,
en que ella vive, doble, suya y mía.

Y cuando ella me hable
de un cielo oscuro, de un paisaje blanco,
recordaré
estrellas que no vi, que ella miraba,
y nieve que nevaba allá en su cielo.
Con la extraña delicia de acordarse
de haber tocado lo que no toqué
sino con esas manos que no alcanzo
a coger con las mías, tan distantes.
Y todo enajenado podrá el cuerpo
descansar, quieto, muerto ya. Morirse
en la alta confianza
de que este vivir mío no era sólo
mi vivir: era el nuestro. Y que me vive
otro ser por detrás de la no muerte.

(La voz a ti debida)

La forma de querer tú...

La forma de querer tú
es dejarme que te quiera.
El sí con que te me rinde
es el silencio. Tus besos
son ofrecirme los labios
para que los bese yo.
Jamás palabras, abrazos,
me dirán que tú existías,
que me quisiste: jamás.
Me lo dicen hojas blancas,
mapas, augurios, teléfonos;
tú, no.
Y estoy abrazado a ti
sin preguntarte, de miedo
a que no sea verdad
que tú vives y me quieres.
Y estoy abrazado a ti
sin mirar y sin tocarte.
No vaya a ser que descubra
con preguntas, con caricias,
esa soledad inmensa
de quererte sólo yo.

(La voz a ti debida)

Serás, amor...

¿Serás, amor,
un largo adiós que no se acaba?
Vivir, desde el principio, es separarse.
En el primer encuentro
con la luz, con los labios,
el corazón percibe la congoja
de tener que estar ciego, y sólo un día.
Amor es el retraso milagroso
de su término mismo:
es prolongar el hecho mágico,
de que uno y uno sean dos, en contra
de la primer condena de la vida.
Con los besos, con la pena y el pecho se conquistan,
en afanosas lides, entre gozos
parecidos a juegos,
días, tierras, espacios fabulosos,
a la gran disyunción que está esperando,
hermana de la muerte o muerte misma.
Cada beso perfecto aparta el tiempo,
lo echa hacia atrás, ensancha el mundo breve
donde puede besarse todavía.
Ni en el llegar, ni en el hallazgo
tiene el amor su cima:
es en la resistencia a separarse

en donde se siente,
desnudo, altísimo, temblando.
Y la separación no es el momento
cuando brazos, o voces,
se despiden con señas materiales.
Es de antes, de después.
Si se estrechan las manos, si se abraza,
nunca es para apartarse,
es porque el alma ciegamente siente
que la forma posible de estar juntos
es una despedida larga, clara.
Y que lo más seguro es el adiós.

(Razón de amor)

Eugenio Montale

Eugenio Montale, uno de los mayores poetas italianos del siglo XX, nació en Génova el 12 de octubre de 1896. En su juventud quiso dedicarse al canto lírico, pero abandonó esta vocación al morir su maestro y al ser llamado a las filas durante la guerra mundial de 1914. De regreso en su ciudad natal, comenzó a publicar poemas en revistas y trabó amistad con poetas ligures. *Ossi di seppia*, su primer libro, apareció en 1925. Comenzó a escribir críticas literarias y valorizó la obra de Italo Svevo. En 1927 se radicó en Florencia y comenzó a trabajar en el Instituto Viesseux, del que fue despedido en 1938 por negar su afiliación al Partido Fascista. Durante el período florentino se había casado con Drusilla Tanzi, a la que llamaría afectuosamente “Mosca”, y había trabado amistad con los intelectuales italianos de la época. En 1939 apareció su segundo libro, “Las ocasiones”; durante la segunda guerra mundial se dedicó a traducir y a colaborar en revistas. Su mujer enfermó gravemente y falleció años más tarde. En la posguerra se trasladó a Milán, donde ingresó en el diario *Il Corriere della Sera*. En los años que transcurrieron hasta su muerte, en 1981, publicó cinco libros más de poemas y reunió sus textos en prosa en un volumen. Su obra lírica se editó en un solo tomo en 1980. Montale fue una de las grandes voces de la lírica mundial y recibió el Premio Nobel en 1975.

La casa de los aduaneros

Tú no recuerdas la casa de los aduaneros
sobre el barranco a pico de la escollera.
Desolada te espera desde la noche
que en ella entró el enjambre de tus pensamientos
e inquieto se detuvo.

El viento bate hace años los viejos muros
y no es alegre ya el sonido de tu risa:
la brújula se mueve enloquecida al acaso
y el azar de los dados ya no es más favorable.
Tú no recuerdas; otro tiempo distrae
tu memoria; un hilo se devana.

Aún sostengo un extremo; mas se aleja
la casa y sobre el techo la veleta
ennegrecida gira sin piedad.
Tengo un extremo; pero tú estás sola,
ni respiras aquí en la oscuridad.

¡Oh el horizonte en fuga, donde se enciende,
rara, la luz del petrolero!
¿El paso es éste? (Nuevamente el oleaje
pulula sobre el barranco que se parte...)

Tú no recuerdas ya la casa de esta
noche mía. Y no sé quién se va ni quién se queda.

(Las ocasiones).

La pena de vivir...

La pena de vivir a menudo he encontrado:
era el arroyo estrecho que borbotaba,
era el enroscamiento de la hoja
reseca, era el caballo desplomado.

Bienes no conocí, más que el prodigio
que ofrece la divina Indiferencia:
era la estatua entre la somnolencia
de la siesta, y la nube, y el halcón alto alzado.

(Huesos de jibia)

Poema 5 de “Xenia” II

De tu brazo he bajado por lo menos un millón de escaleras
y ahora que no estás cada escalón es un vacío.
También así de breve fue nuestro largo viaje.
El mío aún continúa, mas ya no necesito
los trasbordos, las reservaciones,
las trampas, los oprobios de quien cree
que lo que vemos es la realidad.

He bajado millones de escaleras dándote el brazo
y no porque cuatro ojos puedan ver más que dos.
Contigo las bajé porque sabía que de ambos
las únicas pupilas verdaderas, aunque muy empañadas,
eran las tuyas.

(Sátura)

(Traducciones de Horacio Armani)

Ricardo Molinari

Ricardo Molinari nació en Buenos Aires en 1898. A los cinco años perdió a sus padres y fue criado por su abuela paterna. Se conocen pocos detalles de su vida. En el Congreso de la Nación se desempeñó como empleado. Se casó joven y viajó a España, donde conoció a destacados poetas de su generación. Pablo Neruda estimaba mucho su poesía, que logró importantes distinciones en nuestro país. Transcurría largas temporadas en el campo de la provincia de Buenos Aires, especialmente en la estancia de su amigo Furst. Fue miembro de la Academia Argentina de Letras. Ya en su alta edad sufrió un grave accidente de tránsito al ser atropellado una noche por un automóvil. Pasó largos períodos en sanatorios y contó con el apoyo de muchos amigos, entre ellos de la que sería su mujer, Ofelia Zuccolli Fidanza, pues la primera murió durante su internación inicial. Ofelia lo protegió hasta el final de su existencia; falleció en 1996. La última edición de los poemas, que publicó en vida, fue destruida por fuerzas armadas del Proceso al intervenir la imprenta en que apareció “Las sombras del pájaro tostado”. Su poesía es un puro canto al país: el paisaje, los personajes históricos, los grandes ríos, las extensiones infinitas.

Oda al mes de noviembre junto al Río de la Plata

Cuando yo esté ya desaparecido y puro, ¡oh Argentina,
nación hermosa y soberana del sur!,
en qué incansable desmemoria de la belleza de la vida
se moverán mi alma y el polvo contado de mis apagadas
venas.

Alguna vez os acordaréis de mí, campos, flores, árboles;
tierra: patria solitaria del hombre... Y volveréis
a verme a orillas de los ríos, sentado, mirando entrar en el
agua las bagualadas
o viendo cómo se balancean los juncos con la creciente y
el viento.

¡Oh río, padre antiguo, que llegas al mar con la frente
velada por las nieblas y las flores! El Paraná y el
Uruguay, dulces, vuelcan en ti sus cuerpos abrasados
y sus largas y abandonadas trenzas, rotas por las islas
o cubiertas de caracoles y arenas. Y te penetran
con los gritos del macá, de las cotorras y los picaflores.

Con el calor y los cielos húmedos: dormidos,
con sus palmeras. Con el perfume del jazmín manga,
de las caobas y los laureles; con el vaho de las criaturas
que mojan
sus cuerpos oscuros en los resplandecientes meandros;
con el reflejo de los ganados, y las montaraces visitas de la
alimaña,

de la lampalagua torpe, el yaguareté, el puma y el yaguarete-í, sangrientos.

¡Oh grandes ríos argentinos, poblados de pájaros, de nubes errantes, perdidas, y flores!

Juntos os veo entreverar las cabezas cansadas y los correosos muslos y las deshechas sienes en el Río de la Plata. Aquí os estoy mirando, aquí me habríais visto, alguna vez, reposar mi mano en otro ser, igual a una zarza, desentendido.

En noviembre abren los jacarandáes sus ramos violetas, y el tiempo es lejano y bello. Junto a estas barrancas, mis ojos ven el ir de las velas, el vuelo de algunos pájaros, y siento cómo llega la tarde hasta mi rostro, y el aire desaparecido de otros días.

Los ríos bajan del norte con sus cítaras y llegan cautivos al mar, con las bocas abiertas, huyendo de los alegres montes; de los collados, de las vociferaciones, a anegar en el océano sus apretadas congojas.

¿Quién recogerá mis cabellos, río sagrado; qué mar duro golpeará en mi paladar la arrasada lengua; quién se acordará de mí, sentado en tus ciegas riberas, río hermoso?

¡Y saldrán las aguas al mar que eres tú, oh Dios mío!

Jorge Luis Borges

Poeta, narrador y ensayista, fué la más alta personalidad literaria del siglo XX en la República Argentina. Nacido el 24 de agosto de 1899 en Buenos Aires, en su adolescencia estudió en Suiza durante la primera guerra mundial llevado por sus padres. En España se adhirió al movimiento poético denominado ultraísmo. Regresó en 1921 y fundó con otros jóvenes la revista mural “Prisma” y luego la titulada “Proa”. Publicó en 1923 su primer libro, “Fervor de Buenos Aires” y efectuó un nuevo viaje a Europa, pero regresó exaltando en nuevos poemas su amor a lo argentino y a Buenos Aires, tema esencial de sus obras iniciales. Después de la mencionada publicó “Luna de enfrente” (1925) y “Cuaderno San Martín” (1929). Una recolección de sus “Poemas” apareció en 1943. Más tarde se dedicó al ensayo y a la narración breve, géneros en los que también descolló. Al ser erradicado el peronismo en 1955, el nuevo gobierno lo nombró director de la Biblioteca Nacional. Su obra comenzó a difundirse en Europa y obtuvo un importante premio de los editores así como el Cervantes, otorgado por la Real Academia de España. Aunque su renombre internacional se debe a sus cuentos y ensayos, su poesía es fundamental para la valoración de su obra total. Murió en Ginebra en 1986. Publicamos un fragmento del poema citado en la composición que originó esta antología en la

que el poeta termina refiriéndose a Groussac, ex director de la Biblioteca Nacional, que también padeció de ceguera

Poema de los dones (Fragmento)

A María Esther Vázquez

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz, que sólo pueden
leer en las bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden

las albas a su afán. En vano el día
les prodiga sus libros infinitos,
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría.

.....

Al errar por las lentas galerías
suelo sentir con vago horror sagrado
que son el otro, el muerto, que habrá dado
los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
si es indiviso y uno el anatema?

Groussac o Borges, miro este querido
mundo que se deforma y que se apaga
en una pálida ceniza vaga
que se parece al sueño y al olvido.

(El Hacedor)

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2006
en **TALLERES GRÁFICOS SU IMPRES S.A.**
Tucumán 1480, Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax: 4371-0029 / 0212
e-mail: imprensa@suimpres.com.ar
www.suimpres.com.ar